

XIII

— No se enfade usted, mi señora doña Cecilia; una noche es una noche.

— Y esta noche es Nochebuena.

«Esta noche es Nochebuena,
y mañana Navidad...»

chillan en coro los huéspedes y las niñas. La patrona se tapa los oídos, y echa a correr a la cocina.

En la cocina triunfa Gutiérrez: como que es una especialidad para la sopa de almendras, y está junto al fogón, envuelto de cintura abajo en un mandil a listas azules y blancas, moviendo la perola para que no se pegue.

— ¿Sale, Carlitos, sale?

— Como las mismas rosas.

— ¡Ay, hijo mío, qué jaleo se traen esos condenados! No sé ya dónde tengo la cabeza. Ese Juan Fernández es el mismo demonio; pero qué bue-

nas ocurrencias tiene: figúrate que se ha puesto la americana del revés, y que está tocando la pande-reta con el rabo del plumero; si te digo que es cosa de morirse de risa.

Y, en efecto, si la buena mujer no se muere, le falta poco: de tal manera se le amorata el rostro con el reír, y tal danza frenética traen armada sus carnes, que suben y bajan a compás de la risa.

— Sí, es muy gracioso Juan Fernández — responde Carlitos.

— Pues no te digo nada del don Enrique; silba mismamente como una ocarina, y hace el gato y el perro que es lo que hay que oír. ¿No le has oído tú?

— Pues ya lo creo.

— Escucha: ahora está haciendo el canario; parece mentira que una sola persona pueda tener tantísima habilidad.

— Eso es lo que yo digo: unos tanto, y otros tan poco.

— ¿Verdad que sí? Ya ves tú el don Paco: él formalidad tiene, y de la paga no hay nada que decir; pero, hijo, ¡qué soso es y qué desaborío!

— Creí yo que esta noche estaba más animadito.

— ¡Quiá, hijo! A lo primero sí que se puso a

tocar el almirez, y cantó cuatro coplas que daban ganas de llorar, y hasta le llamó a Mariquita dos veces de tú, cosa que no había sucedido nunca. Retira esa cazuela, que se nos va a pegar el besugo. Pero luego se ha sentado en un rincón, y allí está mirando cómo los demás se divierten, sin decir esta boca es mía. ¿Estará enamorado?

— Vaya usted a saber.

— Oye, tú, y a propósito de amores: ¿qué me dices de la Aurorita?

Gutiérrez da un respingo, y se queda más blanco que la sopa de almendras.

— ¿De Aurorita?

— Sí, hombre, sí. ¿Tú no has notado nada? Yo creo que le gusta a don Enrique.

Gutiérrez respira.

— Pues... no tendría nada de particular.

— ¿Verdad que sí? Es lo que yo digo: la chica es guapa, ni que decir tiene: no digo yo que tenga el... vamos... de la otra, porque la Mariquita es una pimienta; pero se la puede mirar, ¿no te parece?

— Y tanto; sí, señora.

— Pues digo yo: el don Enrique tampoco es mala proporción...; paga bien..., es decir, este mes pagó por él don Paco; pero, en fin, eso es lo de

menos: el caso es que es hombre de carrera, y tiene porvenir. ¿Qué dices tú?

— Eso... que se casen.

— ¡Ave María, y que no vas tú poco de prisa! No digo yo que pasando el tiempo...

— Justo; pasando el tiempo.

— ¡Hijo! Pareces un reloj de repetición. Mira a ver si se pega esa lombarda. Lo que yo quisiera saber es si a ella le gusta. ¿Tú lo sabes?

— ¿Yo?

— Hombre, podías haberlo conocido. Ella, paliducha y ojerosa sí que está, y a lo mejor da unos suspiros que la dejan seca.

— ¿Y no le ha preguntado usted?

— Me haces tú gracia..., ¿que si la he preguntado? Pues no la tengo de preguntar. Pero ya sabes lo que son las muchachas: que sí, que no, que si me pasa, que si no me pasa; en fin, hijo, que me quedé en ayunas.

— Puede ser que le guste Juan Fernández.

— Ni pintado.

— O el huésped ese del pasillo.

— ¡Quita, hombre; qué le ha de gustar ese, si es un pelagatos! Ni capa tiene con el frío que hace.

Gutiérrez suspira.

— Esa no es razón.

— Verdad: estas chicas no saben lo que les conviene. Mira tú la otra, emperrada en que no ha de hacer caso al pobre don Marcelo, que se muere por ella: ya ves tú, tan buena proporción; un señor tan formal, con el empleo tan bueno, y la hucha que tiene, y deseandito casarse. El día de mañana se queda viuda, ¡y tan ricamente! Pues erre que no, y que no. Si te digo...

— Ea, ya está la sopa.

— Todo sea por Dios.

La patrona se levanta a duras penas del banco en que cayó fulminada por su ataque de risa, y se acerca al fogón.

— ¡Ay, hijo mío, qué mano tienes para estas cosas! Anda, di a Mariquita que ya pueden poner la mesa. Espera: ¿se pelaron las granadas? Anda, hijo, anda. Oye, a ver si le hablas a la Aurorita, y te enteras de eso.

Gutiérrez sale al comedor; viéndole enfundado en su mandil, los demás prorrumpen en aclamaciones frenéticas, y el huésped del pasillo le *echa* una copla.

La mesa se prepara en un momento: los huéspedes ayudan a las niñas; hoy, por extraordinario, se oculta el hule geográfico bajo las nitideces de un mantel, y hay dos vasos para cada cubierto.

Gutiérrez entra de nuevo en la cocina, y reaparece trayendo en alto la sopera.

— ¡Viva Gutiérrez!

— ¡Viva!

— ¡Viva nuestra patrona!

— ¡Viva!

— ¿Dónde está la patrona?

— En la cocina, dándole al besugo la última mano.

Alvarez va a buscarla, y la trae del brazo; los demás corean la Marcha real, y hacen música dando con los cuchillos en los vasos.

— ¡Formalidad, formalidad! — grita doña Cecilia.

Al cabo, todos callan, y se sientan. Don Marcelo hace platos: sirve el primero a la patrona, con una sonrisa; el segundo a Mariquita, con un suspiro; el tercero a Aurora, que le recibe temblando de emoción, al pensar que la sopa está hecha por Carlitos.

Está a su lado, y le pisa amorosamente cada cinco minutos; pero él no se da por aludido, y la muchacha sufre.

La sopa, en verdad, es cosa rica, y todos comen, y todos callan; la voz de la patrona rompe el silencio.

— La verdad es que Carlitos se pinta solo para estas cosas.

— ¡La limonada! — dice Mariquita, que trae en vilo el rebotante jarro —. Y que ésta la he hecho yo con estas manecitas.

— ¡Que Dios bendiga! — grita don Marcelo.

— Vamos, Mariquita — dice Juan Fernández —, sírvale usted un vasito al viejo, que está muerto por esos pedazos.

— ¡Qué gracia tiene este Juan Fernández!

Mariquita llena los vasos, y, al llegar al de Trelles, antes de dárselo, bebe un sorbo, y le dice:

— Vamos, hombre, beba usted lo que queda, a ver si se le alegra a usted el ánimo.

— Mire usted — dice el huésped del pasillo — que le va a descubrir los secretos.

— Y que puede que no le sepan mal — responde la niña.

Don Marcelo está verde; doña Cecilia le lanza una mirada compasiva, y proclama a guisa de consuelo:

— Esta noche es Nochebuena.

Entretanto, Aurorita dice a Gutiérrez:

— ¿En qué está usted pensando?

— En nada.

— En nada... ¿A que lo acierto yo? Está usted pensando en una mujer.

— Puede.

— Y morena.

— No, señora, que es rubia.

— ¿Rubia?

— ¡Y con ojos azules! Como usted mismamente.

La pobre muchacha se alborozó; aquello va teniendo sabor de galantería.

— ¿Como yo?

— Justamente; como que es usted misma.

— Se figurará usted que yo me lo voy a creer.

— Hará usted mal en no creerlo, puesto que yo lo digo.

— ¿Y puede saberse qué es lo que estaba usted pensando de mí?

— Si usted no se enfada...

— ¡Qué me voy a enfadar!

— ¿De veras?

— De veras.

— Pues ha de saber usted que le hemos descubierto el secreto.

— ¡El secreto!

— Ya sabemos que usted y don Enrique... vamos, que yo me entiendo, y ustedes, digo yo, que se entienden también.

Aurorita «se queda fría», y, mirando a Gutiérrez, le dice en un suspiro:

— ¡Parece mentira, Carlitos, que diga usted esas cosas; parece mentira!

Y Carlitos, en lo más hondo de la conciencia, siente algo así como remordimiento.

A Paco, entre Mariquita y la limonada, le van sacando de su letargo: los ojos le chispean, y se lanza a buscar los pies de la chiquilla debajo de la mesa; ella se ríe, y se deja encontrar.

— ¿Le gusta a usted el besugo, don Paco?

— Me gustan las muchachas bonitas.

— ¿Como yo?

— Casi, casi.

— Hombre, ya, para lo que falta, podría usted acabar de decidirse.

— Pues sin casi: me gusta usted esta noche porque es Nochebuena.

— ¡Miren qué gracioso! ¿Y otras noches no?

— Es que usted es mujer de día de fiesta.

— Pues mire usted, a mí hay hombres que ni en Jueves Santo me gustan.

— Como don Marcelo.

— Como usted.

— ¡Cabalito! Si yo le gusto a usted hasta en día de sábado y con telarañas.

— Vamos, que a usted la limonada se le ha subido a la cabeza.

— Señores — grita Alvarez —, propongo que emborrachemos a la patrona.

La proposición se acoge con bravos y palmas: sólo don Marcelo protesta en contra.

— Creo que ciertas cosas no deben consentirse.

Pero doña Cecilia, benévolutamente:

— Bromas de gente joven, don Marcelo. También nosotros en nuestros tiempos...

Lo de «nuestros tiempos» le sabe a don Marcelo a cuerno quemado. Si no fuera mirando que se trata de la madre de Mariquita... Es de advertir que así como la virtud de la limonada hace a Paco galante, a don Marcelo le torna belicoso: el buen hombre tiene gana de *armarla*.

— Doña Cecilia, este vasito.

— Doña Cecilia, que a mí no me desaira usted.

— Un bizcochito mojado en jerez.

El jerez es regalo de don Marcelo. La patrona tiene ya el rostro color de púrpura, y se ríe sin saber que se ríe.

— Cosas de chicos, cosas de chicos...

— Vamos que usted a los quince — dice Juan Fernández, que es el hombre de las osadías — no habrá usted tenido mal ver.

— A los quince y a los treinta, hijo mío; ¿pues qué te has figurado tú?

— Doña Cecilia — observa don Marcelo, alarmado por la súbita familiaridad de la patrona.

— ¿Quieres callarte, viejo chocho?

Don Marcelo se pone en pie.

— Yo me retiro; mi dignidad no me permite...

Hay una intervención general, y don Marcelo se queda.

— Pues sí, hijo mío — sigue la patrona —, Carlitos lo sabe: a los treinta conocí yo a un capitán de alabarderos...

— ¡Viva el ejército! — grita don Enrique.

— ... Un capitán de alabarderos, que me río yo de los... capitanes de alabarderos. ¿Te acuerdas, Mariquita? ¡Ja, ja!

Doña Cecilia se duerme a mitad de carcajada.

— ¡Baile, baile, baile! — vocifera Paco.

— ¡Música, música! — dice Mariquita.

Por suerte el estudiante del pasillo posee un aristón, que aunque deteriorado hace ruido de sobra para poder bailar.

Y bailan: Mariquita con Paco, Aurora con Enrique, Gutiérrez con el huésped del pasillo. Mariquita se ciñe que es un primor, y Paco se aprovecha de lo lindo. Juan Fernández toca el aristón y

don Marcelo la pandereta, mientras sigue con ojos celosos a la parejita aquella que le está dando la desazón.

A la segunda polka, Aurora baila con Juan Fernández; Enrique se apodera del aristón, y Gutiérrez sigue emparejado con el del pasillo. Mariquita y Paco bailan hasta sin música. La habanera la baila Aurora con Gutiérrez.

— ¿Sabe usted — dice ella — que estoy muy enfadada con usted?

— ¿Por qué, Aurorita?

— Por eso que me dijo usted antes; yo no quiero a ese hombre.

— Entonces, Aurorita — pregunta el infeliz, con una imprudencia que sólo el abuso de la limonada puede explicar —, entonces, ¿a quién quiere usted?

Ella suspira y no responde, y él, que se ha dado cuenta del peligro por un súbito resurgimiento del instinto de conservación, calla también y deja languidecer el diálogo.

Doña Cecilia despierta.

— ¡Las once y media!

— A esta hora — dice Paco — estarán en mi pueblo camino de la Misa del Gallo.

— ¿Quién dijo miedo?

— Vamos a la Misa del Gallo.

— En marcha para la Misa del Gallo.

Las niñas se encaperuzan en sus toquillas; los hombres requieren la capa. Doña Cecilia, con su mantón de ocho puntas, parece una fragata. Gutiérrez y el huésped del pasillo se miran melancólicamente, vacilan un segundo; después, en un arranque de heroísmo, echan a andar a cuerpo.

— Pero — pregunta Paco ingenuamente—; ¿así salen ustedes a la calle?

— Yo nunca siento frío — dice Gutiérrez.

— Yo nunca llevo capa — dice el otro.

Y así se van.

Doña Cecilia se ha colgado al brazo de Gutiérrez.

— Ven acá, hijo; ¿averiguaste algo?

— Dice que no le quiere.

— ¡Ves tú qué chicas éstas!

Mariquita y Paco cuchichean.

— Véngase usted conmigo — le dice Aurora a don Marcelo —; juntaremos penas.

— ¿Qué penas tienes tú, chiquilla?

— Ahí verá usted.

Las calles tienen aspecto extraño. Pasan grupos de gentes, que parecen reuniones de brujas; de las tabernas, que aun están abiertas, salen

gritos y risas. Hay en los rincones y encrucijadas, sombras sospechosas. La sinfonía discordante de latas y tambores rasga el aire tranquilo y parece un insulto su gárrula desarmonía bajo el cielo de paz.

Hay una estrella refulgente como aquella que siguieron los reyes camino de Belén, y la Vía Láctea engalana la altura como estola bordada de diamantes.

Entretanto, un borracho cruza la calle y cae.

El cielo está de fiesta, se viste de gala porque ha nacido el Hijo de Dios; los hombres gritan y se emborrachan porque no saben de fiestas del cielo. Jesús ha nacido para los niños y para los poetas; los niños duermen y los poetas están soñando.

La iglesia refulge; el incienso sube del camino del cielo; las voces y las músicas hablan de ángeles y pastores que adoran al Niño.

A Aurora aquella música y aquel olor a incienso le dan muchas ganas de llorar.

— Vámonos — dice, y salen.

La noche se ha puesto muy fría, y hay que apresurarse para llegar a casa. Doña Cecilia, ya que el ardor del vino se ha disipado, da diente con diente. Gutiérrez y el huésped del pasillo,

para entrar en calor, emprenden carreras desaforadas.

Ya en casa hay otro poco de jaleo; pero pronto deciden irse a acostar, y van desfilando. Doña Cecilia inspecciona puertas y ventanas.

— ¿Has echado la barra, Carlitos?

Todo queda en silencio, y Gutiérrez suspira, solo, de pie en medio del comedor.

Es el caso que en el ropero ya no puede dormir, porque el catre era viejo y se ha roto la noche pasada: dormirá en el sofá; bien o mal, se acomoda; el caso es que hace frío; él recuerda que un su amigote, en situación análoga, se abrigaba con la maleta abierta; pero allí, aquella noche, ni maleta hay a mano. Si el tapete de la mesa no fuera de hule... Todo sea por Dios. Cualquiera duerme. Arriba, en las boardillas, aun hay quien toca la pandereta. ¡Mire usted que tocar la pandereta a las tres de la madrugada!

Se oye el roncar sonoro de don Marcelo. ¡Dichoso él! Luego el del pasillo rompe a soñar a voces. ¡Feliz quien sueña! Se abre una puerta.

— ¿Quién está ahí?

— ¡Chist! Calle usted: soy yo.

— ¿Usted, Aurora?

— Sí; ¿no tiene usted frío?

— Un poco; pero puede pasar.

— Aquí le traigo a usted un mantón y la capa de don Marcelo. Mañana, antes de que despierte, lá cuelga usted en la percha.

Gutiérrez se conmueve.

— Es usted un ángel, Aurorita.

La pobre muchacha suspira; él a tientas le coge la mano.

— ¿Con qué le pagaré a usted todo lo que hace por mí?

Ella se sienta en el sofá. «Pues, señor, no hay remedio, piensa el cuitado: el caso es que la chica lo merece...»

— Aurora, ¿usted me quiere?

— ¿Y usted a mí, Carlos?

Hay un abrazo silencioso. La niña apoya la cabeza en el hombro del galán y a poco suena un beso.

— ¿Dónde estás, niña? ¿Te has puesto mala?

La patrona aparece, palmatoria en mano.

La niña huye. Gutiérrez se arrebujá, haciéndose un ovillo, en el sofá. La patrona se aleja refunfuñando ¿Habrá visto algo? ¿No habrá visto nada? Gutiérrez no lo sabe; pero, en cuanto amanece, cuando aun todos en casa están dormidos, abre la

puerta muy despacio, baja las escaleras sin hacer ruido, y una vez en la calle echa a correr desafiadamente... y no vuelve.

Y este es el triste fin de esta historia de amores, que no logró pasar del primer capítulo.

XIV

Cuando, ya bien entrada la mañana, despertó Paco el día de Navidad; cuando, después de repetidas abluciones y cepilleos, abrió el balcón, cuyos vidrios estaban cubiertos por profusa y adamantina floración de escarcha, sintió cómo con las frescuras del aire serrano se le despejaba el entendimiento. Recordó la zambra de la noche anterior, la cena y el baile, y los cuchicheos al oído de Mariquita; y es fama que de todo ello experimentó tan amargo remordimiento, cual si de crímenes nefandos se tratase. Y no fué parte a tranquilizar su conciencia la consideración de que todas aquellas fazañas reconocían como causa generadora el abuso de la limonada. A Paco, no versado en sutilezas, ni metafísicas ni teológicas, no se le alcanzaba el valor moral de la doctrina, que hace consistir la responsabilidad de los actos